

Nicola Gori

CARLO ACUTIS

UN GENIO DE LA
INFORMÁTICA
EN EL CIELO



Ciudad Nueva

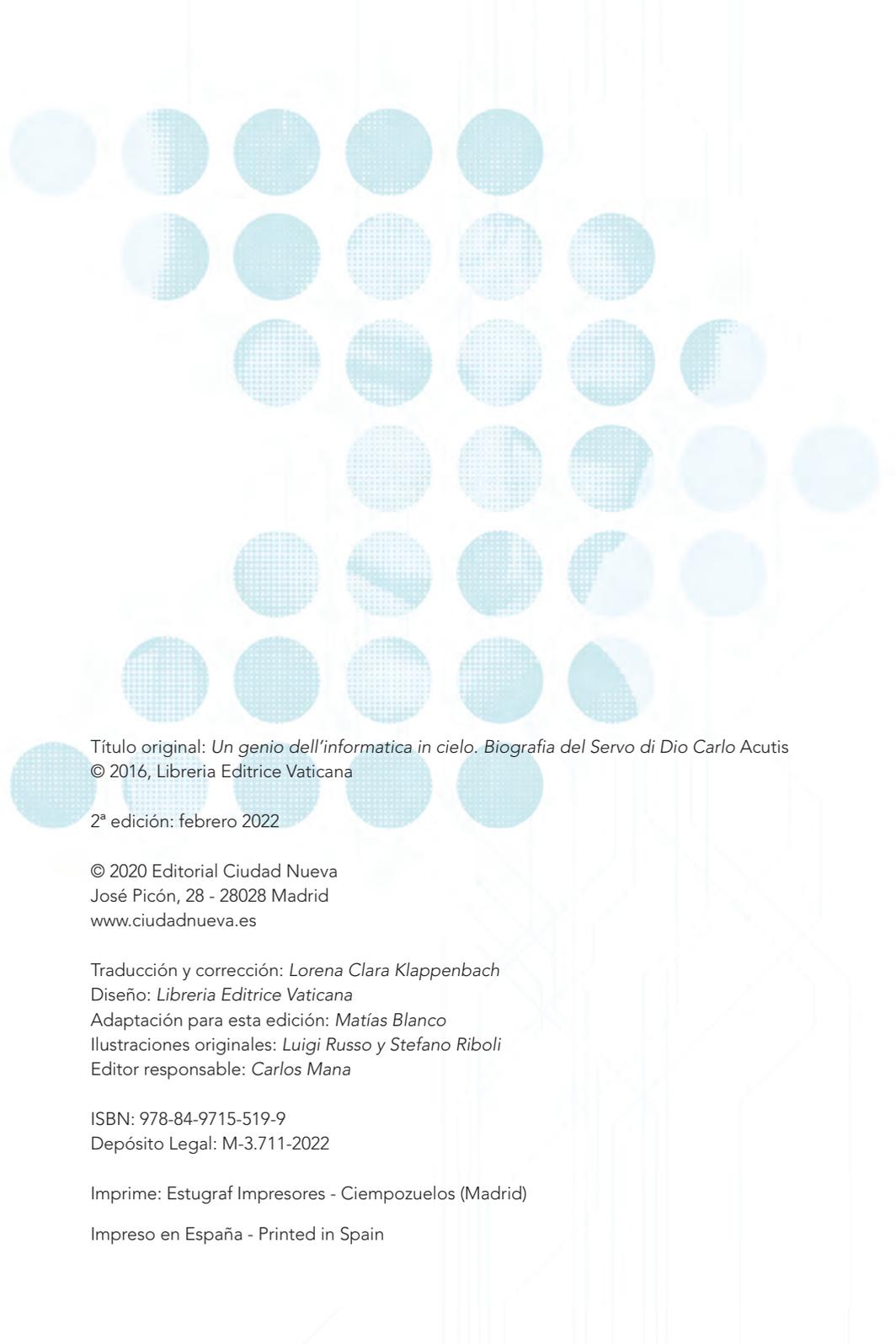




**“Sin
él no
puedo
hacer
nada.”**

Carlo Acutis





Título original: *Un genio dell'informatica in cielo. Biografia del Servo di Dio Carlo Acutis*
© 2016, Libreria Editrice Vaticana

2ª edición: febrero 2022

© 2020 Editorial Ciudad Nueva
José Picón, 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.es

Traducción y corrección: *Lorena Clara Klappenbach*
Diseño: *Libreria Editrice Vaticana*
Adaptación para esta edición: *Matías Blanco*
Ilustraciones originales: *Luigi Russo y Stefano Riboli*
Editor responsable: *Carlos Mana*

ISBN: 978-84-9715-519-9
Depósito Legal: M-3.711-2022

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Prefacio

¡El Señor me despierta!

Cuando Carlo estaba en el sanatorio, después de que los médicos se retiraran tras decirle que padecía un tipo de leucemia muy grave, les dijo a sus padres: “*Il Signore mi ha dato una ‘sveglia’!*”. ¿Cómo lo traducimos? El Señor me ha hecho “un llamado de atención”, me “encendió una alarma”, “me despierta”.

Leyendo la vida de este adolescente podemos experimentar que el Señor nos llama, nos alerta, nos sacude de nuestra morderra cristiana, de nuestro vivir distraídos, somnolientos, perezosos. Con quince años Carlo vivió intensamente la vida, con la pasión de un apóstol, con el ardor de un enamorado, con la sonrisa de un bienaventurado.

Santo Domingo Savio, san José Sánchez del Río, los santos Jacinta y Francisco de Fátima, y la lista podría ser muy larga, nos testimonian cómo el amor de Dios es capaz de llenar la vida de un niño, de un jovencito y hacer una obra de arte de humanidad completa en pocos años de vida sobre la tierra.

Carlo no será solo el santo de internet, porque esta tecnología será superada por otra, sino un santo que, con características propias, se une a la cadena de testigos juveniles de Cristo que recorren con la sensibilidad de su época el camino de la alegría evangélica: el amor a Jesucristo y a su Madre, la fidelidad a la eucaristía y a la reconciliación, el rosario cotidiano, el amor a los pobres, el celo apostólico.

No había en Carlo doblez ni falsas dicotomía, sino una fe transparente y luminosa. La presencia de Cristo la vivía con tan-

ta certeza en sus visitas al Santísimo, que no le interesaba demasiado ir a Jerusalén a encontrarse con el Jesús de hace 2000 años, porque él lo encontraba vivo en cada sagrario.

Los milagros eucarísticos lo apasionaban, así lo dejó plasmado en sus trabajos en internet para que muchos pudieran encontrarse a Cristo vivo que, aquí y allí, ha dejado señales de su presencia verdadera, real y sustancial en la Hostia Santa. Acercaba a muchos a Cristo, buscando diversas formas de hacerlo, pero teniendo la certeza de que les estaba ofreciendo lo mejor: la amistad capaz de llenar la vida.

Al mismo tiempo Carlo jugaba al fútbol, se divertía con los videojuegos o mirando películas policiales, tocaba el saxofón y disfrutaba de la naturaleza, amaba a los animales, se esforzaba en el estudio y vivía la amistad con chicos y chicas. La pureza de corazón le daba esa alegría propia de un joven que vive la castidad integrada a un mundo rico de afectividad madura y con la conciencia clara de que el cuerpo es templo del Espíritu Santo.

Conocer a Carlo nos anima a ser santos, es decir, a vivir plenamente nuestra humanidad de criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios, pecadores en camino, redimidos por Cristo y santificados por su gracia, que la Iglesia nos brinda en los sacramentos. Carlo amaba la Iglesia, porque en ella encontraba a Jesucristo y los medios para seguirlo, pero además se sabía miembro de ella y como tal la defendía sin desconocer los errores y pecados de sus miembros.

Ciertamente la felicidad plena la viviremos en el cielo, en la patria definitiva donde tenemos el lugar preparado por Cristo, pero



es un lugar que podemos dejar vacío si rechazamos una y otra vez la invitación que el Señor nos hace. Aquí en el tiempo que nos toca vivir podemos gozar anticipadamente de la alegría del cielo, que será más radiante, más pura, más hermosa, cuanto más vivamos según Cristo. Carlo iba hacia la meta, se encaminó decididamente hacia ella. Caminaba, corría hacia el cielo, consciente también de la existencia de esa otra y terrible posibilidad.

Su vida es así también para chicos y grandes una advertencia y un estímulo. Nos advierte de la seriedad de la vida, que debemos responder al Señor de lo que hemos hecho en ella, que no es lo mismo el bien que el mal. Los pastorcitos de Fátima y sus visiones confirmaron a Carlo en la necesidad de vivir en gracia de Dios. Al mismo tiempo este joven apóstol nos estimula: vale la pena vivir según el Evangelio, como Francisco de Asís, su santo amado, sin vueltas, sin atajos, encaminados hacia el cielo y anticipándolo, en cuanto es posible, aquí en la tierra.

Queridos amigos, les deseo lo que yo he vivido leyendo este libro: escuchar nuevamente el llamado del Señor a una vida que sea transparencia del evangelio de Jesús. Es una *sveglia*, un llamado de atención, una alarma que suena, un dulce y exigente reclamo a despertar para tomar nuestro puesto en el servicio del Señor.

Daniel Sturla, sdb
Cardenal Arzobispo de Montevideo





El silencio: lugar para la oración

Todo lo que es valioso nace del silencio. Es una constatación, pero ¿qué es el silencio? Es difícil decirlo, justamente porque el silencio no se explica con palabras: solo haciendo la experiencia puede comprenderse lo que es y cuál es su importancia.

Hay momentos en que el silencio es como una atmósfera que envuelve y penetra en la intimidad, dando sensación de plenitud, no de vacío; no de ausencia, sino de una presencia. ¿Quién no experimentó alguna vez estar afuera, en pleno campo o en la cima de una montaña, al amanecer o al atardecer, más aun, en la noche bajo el cielo estrellado? Todo está como suspendido en un ambiente palpitante de vida, un silencio en el cual se percibe la armonía del cosmos. Es, en cierto modo, una experiencia de la presencia de Dios.

Esta experiencia puede hacerse todavía mejor cuando se entra en una iglesia vacía y la mirada se dirige al tabernáculo, y junto a él, la llama de una lámpara indica la presencia de Jesús Eucaristía. Así, en el silencio, uno se comunica con un Tú realmente presente por la condescendencia de un amor sorprendente que conmueve en profundidad el corazón y lo colma de estupor, de gratitud y de santa alegría.

Esta era ciertamente la experiencia del joven Carlo Acutis, que desde su Primera Comunión hizo de la Eucaristía el centro de su vida, mejor todavía, un encuentro de viva amistad con Jesús hasta decir que en la Eucaristía él está realmente presente en el mundo, como cuando, en el tiempo de los apóstoles, los discípulos podían verlo en carne y hueso caminando por las calles de Jerusalén.



En su vida, seriamente dedicada al estudio y al mismo tiempo llena de tantas amistades, de encuentros con los compañeros, de distintas actividades, él siempre supo poner en primer lugar a la Eucaristía. La santa misa cotidiana era para él una prioridad, así como la adoración eucarística. Y a través de la Eucaristía fue modelado interiormente como “manso cordero” y aprendió, casi sin darse cuenta, el verdadero silencio, ese que siempre dice que sí a la voluntad de Dios, sin rebelarse, sin pedir explicaciones, sino abrazando con amor.

Es significativo el primer regalo recibido de parte de su mamá: un corderito de vellón blanco que él siempre quiso mucho; significativo que, el día de su Primera Comunión, haya encontrado accidentalmente en la calle un corderito: casi un presagio de lo que le esperaba y para nosotros, casi un símbolo de cómo vivió, volviéndose él mismo eucaristía, ofrenda silenciosa.

En aquellas escalas cotidianas frente al tabernáculo –una cita esperada y preparada– el silencio era, justamente, un estar con Jesús corazón a corazón, en el recíproco don de sí hasta sentirse verdaderamente una sola cosa. Este es el silencio místico en el cual se manifiesta el amor divino.

Carlo, que tenía una personalidad muy sociable y gentil con todos, absorbía de estos encuentros íntimos y silenciosos con el Señor la bondad y la alegría para comunicar a los demás. Puede decirse que toda su belleza interior y su carga de bondad y simpatía en la relación con los demás eran fruto de su larga permanencia con Jesús en el silencio de amor y adoración. Todos los santos y los grandes hombres que se han distinguido en las ciencias y en las artes se formaron en la escuela del silencio, aprendieron a callar y escuchar, a reflexionar y meditar, buscando humildemente conocer la verdad.

Si uno está siempre hablando y haciendo ruido, si se habla sin pensar, es imposible convertirse en personas maduras y sabias. Hay un viejo refrán que dice: “El sabio dice pocas palabras bien pensadas. El charlatán deambula sin dirección”.

Pero también hay un silencio que no es bueno, que no es verdadero silencio, sino mutismo y hosquedad. Es el que separa de los demás, cuando alguien se siente ofendido o siente antipatía, o no muestra interés en los otros. Esta es una actitud egoísta, no cristiana, porque Jesús nos pide amar a todos, también a los enemigos.

Es necesario, igualmente, aprender a soportar las ofensas. También en este aspecto la vida de Carlo es un ejemplo para nosotros.

Incluso él, aunque murió tan joven, asistió a la escuela de las “ofensas” cuando, por ejemplo, los compañeros se burlaban de él porque iba a misa o por su modo de vestir, que “no estaba a la moda”. Y Carlo se mostraba, como era habitual, un discípulo diligente, que sabe extraer un buen fruto de todo. Supo muy bien callar y no defenderse, ni enojarse, hasta ganarse, a pesar de su “diversidad”, la estima y la amistad de sus compañeros e incluso de muchos adultos. Su vida se vuelve, así, gran evangelizadora, mucho más que su “palabra”, que por otra parte él no despreciaba, más aun, trataba de valorizarla al máximo, incluso sirviéndose de los más modernos medios de comunicación social.

Jesús mismo, que es la Palabra de Dios encarnada, vivió este silencio de humildad, de paciente tolerancia, de amor oblativo, deseoso de comunicar solamente paz y bondad. Él, sobre todo, amaba pasar las noches en la montaña, solo, en silencio de íntima comunión con el Padre, tomando justamente del Padre

aquello que luego transmitía a los apóstoles, para que lo comunicaran a la Iglesia y a todos los pueblos.

Modelo de humildad y de silencio contemplativo es también María, la madre de Jesús, y con ella incluso san José, elegido por Dios como custodio atento de la Madre y del Niño.

Descubrir la belleza del silencio es como encontrar la llave para crecer en todas las virtudes.

Para cada momento de la existencia hay un silencio que ayuda a vivirlo bien, en la sencillez y en la paz. Está el silencio de la alegría, el silencio de adoración, el silencio de la humildad; existe también un silencio para el momento de la prueba, el silencio tejido de fortaleza y de fe, que hace abrazar el sufrimiento, físico o moral, sin gritar ni lamentarse. Así nos exhorta la Escritura: “Descansa en el Señor y espera en él” (Sal 37, 7). En el texto hebreo, este “descansar en el Señor” en silencio se expresa con el mismo verbo que volvemos a encontrar en el salmo 131, el salmo del niño sereno y tranquilo en brazos de su madre. Este silencio no es espontáneo en nosotros, ni siquiera es un esfuerzo de heroísmo, sino un don del Espíritu. Y Carlo demostró sentirse pleno en el momento de su enfermedad fulminante, que aceptó justamente como un manso cordero, permitiendo que el Señor llevara a cumplimiento el proyecto para él. “Desde hacía años –cuenta una enfermera– no veía a un paciente en aquellas condiciones, me preguntaba cómo hacía para no quejarse por los dolores, ya que tenía las piernas y brazos inflamados y llenos de líquido”: Y cuando, un día, como era habitual, ella le preguntó: “¿Cómo te sientes hoy?”, él le respondió con su acostumbrada calma: “¡Bien, como siempre!”. Media hora más tarde entraba en coma...

De Carlo Acutis se ha dicho que emprendió su vuelo al cielo “sobre las alas de un águila”. No podría haber volado tan alto si no hubiera sabido decir, en la hora del sufrimiento, que estaba “bien”, en un sentido profundo, porque siempre se está bien en la voluntad de Dios. ¿Pero de dónde obtuvo esa capacidad de decir: “sí, bien”? Ciertamente, de su contemplación: él había embriagado su alma y sus castos sentimientos fijando la mirada del corazón en el azul del cielo, escuchando la armonía del silencio lleno de la divina Presencia. Cada uno de nosotros puede y debe convertirse en un lugar de “silencio sagrado”, como sucede en la celebración litúrgica.



Cuando en 1964 el papa Pablo VI viajó en peregrinación a Tierra Santa y visitó Nazaret, evocando con emoción la vida de la Sagrada Familia, dijo: "Lección de silencio. Renazca en nosotros la valorización del silencio, de esta estupenda e indispensable condición del espíritu; en nosotros, aturcidos por tantos ruidos, tantos estrépitos, tantas voces de nuestra ruidosa e hipersensibilizada vida moderna. Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de la preparación, del estudio, de la meditación, de la vida personal e interior, de la oración..."

Todo esto es tanto más necesario en nuestro tiempo, en el cual el silencio se ha vuelto casi imposible debido al exceso de alboroto causado por los medios y por un estilo de vida social y familiar cada vez más exterior, superficial y a menudo alienante.

Se dice que la palabra es de plata y el silencio, de oro; el peso de una persona, es decir, su valor, es proporcional a su capacidad de silencio. El verdadero silencio, de hecho, da lugar a la acción y a la gracia, a la guía fuerte y suave del Espíritu Santo, Espíritu de verdad y de amor, de comunión y de paz, de santidad y alegría.

Madre Anna Maria Cànopi, osb
Abadesa benedictina "Mater Ecclesiae"
Isla de San Giulio-Orta (Novara)

ÍNDICE

Prefacio: ¡El Señor me despierta!	7
El silencio: lugar para la oración	11
Las palabras del papa Francisco	17
Introducción a la nueva edición	19
Introducción	29
Los primeros pasos	61
La escuela	71
El liceo	81
El amor por los animales	89
La Eucaristía: el corazón de Cristo	95
Algunos milagros eucarísticos	105
Fuente y culmen de la Iglesia	119
La confesión	131
La Virgen María	139
Los santos	153
El apostolado	167
Epílogo	175
Cronología	184
Bibliografía	186